que andaba el afligido mozo por la calle, cuando habiendo oido algun ruido en una sala, asió las manos á los hierros de su reja, y sin mirar el qué hacia, se asomó á uno de los postigos de la ventana donde vió sentar á la mesa á Laura, á su marido y á sus padres. Aquí perdió el sentido, y cayendo en tierra, estuvo desmayado un rato; volvió en sí, y trepando segunda vez por los hierros, vió la ostentacion de la plata y familia con que se servian, el contento que mostraban, y los platos y regalos que Marcelo hacia á Laura tan amorosamente; reparaba en su rostro, en su vestido y en el buen aire con que cenaba, que el comer aseadamente y con despejo se cuenta entre las cosas á que está obligado un hombre bien nacido, y le parecia que en su vida habia visto hombre más hermoso. ¡Oh, celos; qué de cosas feas habeis hecho que parezcan lo contrario! Allí se extendia la imaginacion á cosas terribles de sufrir, y entre todas, á creer que Laura estaria enamorada de Marcelo, como era razon y como á él le parecia que era forzoso merecerlo. Suspiraba Lisardo, deseando que le oyese Laura. ¡Qué locura! Mas ¿quién tuviera prudencia en tal desdicha? Acabóse la cena de Marcelo y la paciencia de Lisardo á un mismo tiempo. Ellos se recogieron después de un rato de conversacion, y él se quedó con todas sus esperanzas en la calle. La pena de su casa era forzosa; y así, salieron á buscarle por

varias partes, sin que dejasen amigo donde no fuesen. Acordóse Antandro de los pensamientos de Laura, partió á su casa, y halló en su calle á su señor poco ménos que loco y algo más que desdichado; quitóle, después de muchas razones y conveniencias, del puesto que habia tomado, como soldado de amor, hasta el cuarto del alba; trújole á su casa con buenos consejos, y haciéndole acostar, no durmieron entrambos, porque en contarle lo que habia visto y lamentarse de Laura, llegó el dia. Rogó á Antandro que fuese en casa de Menandro y procurase ser visto de Fenisa; lo cual sucedió tan bien, que apénas le vió la esclava, cuando, puesto su manto y aquel sombrero que con tanta bizarría se ponen las sevillanas, salió á buscarle. No habian los dos traspuesto la calle cuando Fenisa le dió muchos abrazos, y preguntándole por Lisardo, llegó el esclavo Zulemo referido, y ella interrumpió la plática y se volvió á su casa. Reparó el esclavo en el forastero, y algo celoso de Fenisa, quiso seguirle; pero Antandro le burló en una de las muchas calles estrechas de aquella ciudad, y dió cuenta á Lisardo de que ya Laura sabria que él estaba en Sevilla. Con aquella ocasion el tierno amante tomó la pluma, y escribiendo un papel, le dijo á Antandro que le llevase, y si pudiese dársele á Fenisa, le prometiese grandes intereses y regalos por la fé y confianza deste secreto. Sucedió así; y Laura, que ya sabia que ha-

bia venido, con poca alteracion y mucha curiosidad la abrió severa, y leyó así:

«Anoche llegué á Sevilla á vivir en tu »vista de tanta muerte como he padecido »en tu ausencia y cumplir la palabra que te »habia dado de ser tu marido. La primera »cosa que supe fué que le tenias, y la segun»da verle, con tanto dolor mio, que sólo pu»do impedir el matarme saber que hay al»ma. Cruelmente has procedido con mi ino»cencia; no eran esas las palabras en mi »partida á Méjico, acreditadas de lágrimas; »pero eres mujer, último consuelo de los »hombres. Mas, para que veas la diferencia »que mi amor hizo al tuyo, miéntras dis»pongo de mi hacienda, viviré en Sevilla, y »luégo me cubrirá un pobre hábito, que »quiero fiar del cielo mi remedio, porque en »la tierra no le espero de nadie.»

Sin alteracion dije que abrió el papel Laura, pero no le volvió á cerrar sin mucha; y dudosa de que podria mentir Lisardo, como fuesen muchos cuando la prueba de sus mentiras tiene ultramarino el término, abrió un escritorio, donde tenia la carta fingida de su padre, mas acaso que con cuidado, y habia querido rasgar siempre que la via, y poniéndole una cubierta, se la envió á Lisardo. Alguna alegría le causó entónces ver papel suyo; pero cuando desconoció la letra y vió la firma fingida de un mercader que él habia conocido en Méjico, leyó la carta, y con un suspiro en voz triste dijo:

«Este me ha muerto.» Pasó aquel dia, y haciendo que le cortasen de vestir de luto, al siguiente salió por la ciudad tan desconocido que daba ocasion á todos de preguntalle la causa, para la cual no le faltaba industria. Con esto volvió á escribirla, diciendo así:

«Invencion de mi fortuna fué esta carta »para quitarme todo mi bien, y aunque pa»rece bastante disculpa, no la puede haber »de no haber venido acompañada de una le»tra sola, que desprecios de lo que se ha »querido no dan honra á quien aborrece, ni »con ella cortó jamás la espada de los nobles »en los que están rendidos. Yo partí de Se»villa por fuerza, navegué sin vida, llegué á »Méjico sin alma, viví muerto, guardé leal»tad invencible, volví con esperanza, hallé »mi muerte, y para todo he hallado consuelo »en el engaño desta carta, mas para tanto »desprecio será imposible; que tenerme en »poco, aunque sea sobra de contento en el »nuevo estado, es falta de discrecion en la »cortesía.»

A este papel respondió Laura el que se sigue:

«Lo que pareciera liviandad en mi honor »no ha sido descortesía al vuestro; pero »cuando la hubiera usado, bien la merece »un hombre que niega haberse casado en »Indias, pues el luto que trae muestra bien »que, porque ha enviudado, quiere que yo »crea que no se casó, y que es verdadera »esa carta.»

Aquí pensó rematar el juicio Lisardo, viendo que el luto que habia puesto para obligarla con el sentimiento, le habia resultado en mayor daño. Quitósele el mismo dia, y siéndolo de fiesta, se vistió de las mejores y más ricas galas que tenia, y con extremadas joyas se fué á San Pablo, donde Laura vino á misa, y le vió en hábito tan diferente, que se certificó que el luto era fineza y la carta mentira. Con esto y la solicitud de Lisardo comenzó amor á revolver las cenizas del pasado fuego, donde, como suelen algunas centellas, se descubrian algunas memorias. Fenisa terciaba, obligada de dineros y vestidos, Laura miraba amorosa, Lisardo se atrevía y con esperanzas de algun favor volvió presto en sí, y estaba en extremo gentilhombre. Marcelo reparaba poco en las bizarrías de Laura, pareciéndole no estrechar los pocos años á más grave estilo de recogimiento; con esto, al paso de su descuido, crecia el cuidado de los dos, y á vueltas el atrevimiento. Ya los papeles eran estafeta ordinaria, y se iba disponiendo el deseo á poco honestos fines; que Marcelo no era amoroso ni habia estudiado el arte de agradar, como algunos, que piensan que no importa y que todo se debe al nombre, no considerando que el casado ha de servir dos plazas, la de marido y la de galan, para cumplir con su obligacion y tener segura la campaña. Paréceme que dice vuestra merced: ¡Oh, lo que os deben las mujeres! Pues le prometo

que aquí me lleva más la razon que la inclinacion, y que, si tuviera poder, instituyera una cátedra de casamiento, donde aprendieran los que lo habian de ser desde muchachos, y que, como suelen decir los padres unos á otros: Este niño estudia para religioso; éste para clérigo, etc.; dijeran tambien: Este muchacho estudia para casado; y nó que venga un ignorante á pensar que aquella mujer es de otra pasta porque es casada, y que no há menester servirla ni regalarla porque es suya por escritura, como si lo fuese de venta, y que tiene privilegio de la venganza para traerla mil mujeres á los ojos, sin reparar, como seria justo, en que ha puesto en sus manos todo lo mejor que tiene del alma, como es la honra, la vida, la quietud, y áun con ella, que muchos la habrán perdido por esta causa. Diga ahora vuestra merced, suplícoselo, que si es esta novela sermonario. Nó, señora, responderé yo por cierto, que yo no los estudio en romance, como ya se usa en el mundo, sinó que esto me hallé naturalmente, y siempre me pareció justo.

Consolado estaba Lisardo de haber perdido á Laura, pareciéndole que no era perderla estar tan cerca de la posesion que tantos años de pena le habia costado, que como los deseos del amor de una y otra manera tienen un mismo fin, aunque sea por breve hurto y con peligro del deshonor ageno y daño propio, se buscan y solicitan. Lisardo

favorecido, amaba; Laura, libre y olvidada de lo que se debia á sí misma, no advertia qué fin suelen tener iguales atrevimientos. Antandro era el secretario, Fenisa el paraninfo; en la iglesia se miraban, en la calle se hacian amorosas cortesías, y en el campo se hablaban, y algunas veces por las rejas, miéntras Marcelo dormia, y otras, que estaba más advertido, Fabio y su amigo en el mayor silencio de la noche, cantaban así:

«Belisa de mi alma,
De cuyos ojos bellos
El mismo sol aprende
A dar su luz al suelo;
Belisa más hermosa
Que en el cielo sereno
Al alba, y á la tarde
El cándido lucero;
Que ya por este valle,
De hoy más le llamaremos
La estrella de Belisa,
Como hasta aquí de Vénus;
Dejando tu hermosura,
Si yo dejarla puedo,
Y celebrando sólo
Tu raro entendimiento,
¿Quién no dirá, señora,
Que cuidadoso el cielo
Puso por alma un ángel
En tu divino cuerpo?
Gloriosa esta la mia
De tenerte por dueño,

Si bien las esperanzas
Me tienen vivo y muerto.
Vivo porque me animan
Al fin donde no llego,
Y muerto en ellas mismas
Porque esperando muero.
Todos, Belisa mia,
Se quejan que por ellos
El tiempo aprisa pasa,
Sin poder detenerlo.
Y yo, de que camina
Tan despacio me quejo;
Que pienso que se para
En mis años el tiempo.
A muchos que han amado
Dió Tantalo su ejemplo;
Mas como á mí ninguno,
Con tan alto deseo.
Lo que me dan me falta,
No tengo el bien que tengo,
Viniendo á ser mis obras
Mentales pensamientos.
Usa mi amor ahora
De los antojos nuevos,
Cerca para los ojos,
Para los brazos léjos.
Belisa, pues naciste
Tesoro de los cielos,
¿Quién para mí te hizo
De sueño lisonjero?
Pues cuando más segura
Pienso que te poseo,
Despierto y no te hallo,

Que eres verdad y sueño.
Contigo, dueño mio,
Nació mi amor primero;
Contigo se ha criado,
Contigo fué creciendo.
Aciertan los que juzgan
Que es mi pecho pequeño
Para un amor tan grande,
Mas no para tu pecho.»
Y llaman esperanzas
Los males que padezco;
Pidiendo posesiones,
Levántanme que espero.
En deseos aprisa
Esperanzas de asiento
Es muerte dilatada,
No habiendo mar en medio.
¡Qué pocas que me dieran,
Si padecieran ellos!
Mas si años hacen penas,
¿Qué amante fué más viejo?
Perdona si te canso,
Que mientras no te tengo,
No puedo amarte más
Ni desearte ménos.»

Así pasaba Lisardo sus esperanzas, unas veces alegre y otras triste; y Laura, con papeles y favores, unas veces le divertia y otras le aseguraba; cuyas dudas y deseos le significó un dia en estos versos:

«Pensamiento, no penseis
Que estoy de vos agraviado,

Pues me dejais obligado
Con el daño que me haceis;
Antes pienso que teneis
Queja de mí con razon,
Porque he puesto en condicion
De quien sabeis la mudanza;
Que no merece esperanza
Quien no piensa en posesion.
Nunca vos y yo pensamos,
Aunque vos sois pensamiento,
Vernos en tan alto intento,
Que los dos nos envidiamos;
Pues si contentos estamos,
Vos del lugar en que estais,
Y yo de que le tengais,
No sufrais que culpa os den
De que no estimais el bien,
Pues que nunca al bien llegais.
Este imposible forzoso
De alguna noble desdicha
Hace dilatar la dicha
Al que puede ser dichoso;
De confuso y temeroso,
Que no lo digais consiento,
Que en mi grave sentimiento,
Lo que sabemos los dos,
No lo fiara de vos,
A no ser mi pensamiento.
Quiero, y no puedo alargarme
A ejecutar lo que quiero;
Espero lo que no espero,
Por ver si puedo engañarme;
Sin saber determinarme,

Ya determinado estoy;
A quien me niego me doy,
Y en este mortal digusto
Soy Tántalo de mi gusto,
Y el mismo imposible soy.
Fuerte linaje de mal
Es huir el rostro al bien,
Quien llega á que se le dén
Con mérito desigual;
En congoja tan mortal
Lo mismo que dudo creo;
Y en tal estado me veo,
Sin poderme remediar,
Que aún no puedo desear
Eso mismo que deseo.
Vos, hermoso dueño mio,
Recibid, pues vuestro soy,
Del imposible en que estoy,
La satisfaccion que envío;
Contra mis dichas porfío
Entre atrevimiento y miedo,
Pero en laberinto quedo,
Donde tengo de morir;
Pues cuando voy á salir,
Pruebo á salir y no puedo.»

En estos últimos versos anduvo ménos cortesano Lisardo que en los demás que habló con su pensamiento, pues confesaba que habia hecho diligencias para salir, si no se ha de entender con lo que dijo Séneca, que el amor tenia fácil la entrada y difícil la salida, no sé qué disculpa halle á este caba-

llero, habiendo sido opinion del mayor filósofo que amor ni lo es para ese fin ni sin él; cosa que me holgara de preguntársela, si viviera ahora, aunque fuera desde aquí á Grecia; porque parece que implican contradiccion esas dos sentencias, sinó es que quiere decir que puede haber amor verdadero con deseo de union y sin él. Vuestra merced juzgue cuál destos dos tiene ahora en el pensamiento, y perdone á los pocos años de Lisardo el no platonizar con la señora Laura. Finalmente, de línea en línea se acercó Lisardo á la última de las cinco que Terencio le puso en el Andria, en cuya final proposicion Laura le escribió así:

«Si fuera vuestro amor verdadero, él se »contentara, Lisardo mio, del estado en que »vuestra venida de las Indias halló mi hon»ra, pues bien sabeis que me casé engañada, »que os esperé firme y que os lloré casado. »No sé cómo quereis que pueda atropellar »por la obligacion de mis padres, el honor de »mi marido y el peligro de mi fama; cosas »tan graves, que por cualquiera dellas co»nozco que quereis más vuestro gusto solo »que á todas juntas. Mis padres son bien na»cidos, mi marido me tiene obligada con su »amor y con sus regalos, mi fama es la ma»yor joya de mi persona; ¿qué haré si toda »la pierdo por vuestra liviandad? ¿Cómo »cobrarán mis padres su autoridad, mi mari»do su opinion y yo mi nombre? Contentáos, »señor mio, con que os amé más que á mis

»padres, que á mi dueño y que á mí misma »sin que me respondais que si fuera ansí, »todo lo aventurara por vos. Yo confieso que »mirado de presto parece verdad, pero con»siderado, es mentira; porque podré yo re»plicaros que, si vos no aventurais por mí »cosa que vos podeis vencer con sólo que »querais, ¿cómo quereis que yo por vos aven»ture lo que no puedo cobrar si una vez lo »pierdo por vos? Mirad cuál hará más en »esta turbada confusion de nuestro amor: »yo, que sufro lo mismo que vos y soy mu»jer, ó vos, que me quereis perder por no »sufriros á vos. Quisiera traeros ejemplos »de algunas desdichas, pero conozco vues»tra condicion, y sé que habeis de pasar »por los renglones desta materia como quien »topa enemigo en la calle, que hace que no »le ve hasta que sale della. Mas pluguiera »á amor que no tuviera esto más inconve»niente que perder la vida, que vos viéra»des que no es el mio tan cobarde que no »la aventurara por vos, y me fuera la muer»te dulce y agradable. Reciba yo este favor »de vos: que con el entendimiento consul»teis este papel, y no con la voluntad; que »ella os templará el deseo, y durará nues»tro amor; que con lo que vos quereis, corre »peligro de acabarse.»

Cuando Lisardo estaba por instantes deseando la ejecucion de su deseo y el puerto de su esperanza, de que tenia celajes en las cosas que suelen prevenirle, pensó acabar

la vida; lloró, que amor es niño; y como los que lo son arrojan lo que les dan, sino es todo lo que piden, trató el papel sin respeto, y dijo á las letras que solia venerar, algunas nécias injurias. Ultimamente puso la pluma en el papel, y escribió así:

«Mi amor es verdadero, más sin compa»racion que el de vuestra merced; y si mi »deseo le desacredita, no he tenido yo la »culpa, sino quien le ha llevado de la mano »á ser tan loco; desdicha que se pudiera ha»ber excusado entre los dos, vuestra mer»ced favoreciéndome y yo engañándome. »Sus padres de vuestra merced, su dueño y »su fama pongo en los ojos con toda la »veneracion que debo, y del poco respeto »que hasta aquí les he tenido pido perdon, »con protestacion de tanta enmienda, que »venza mi recato por infinita distancia la »libertad de mis pasados pensamientos. Y »suplico á vuestra merced tambien se ten»ga por servida con ellos de perdonarme la »parte que le alcanza desta ofensa, que, »como comencé á querer en fé de marido, »no era mucho que se continuase aquel de»seo por tan honesto fin; si bien conozco »que fué criarle con veneno, y que es tan »poderosa esta costumbre, que no pudiendo, »como no puedo, olvidar á vuestra merced, »será fuerza ausentarme. Mañana partiré á »la córte á mis pretensiones, que la que los »dos tratábamos tuvo suspensas, donde, ó »se me olvidará con su variedad este des-

»atinado pensamiento, ó me dejará presto de »cansar tan enojosa vida.»

Muchas lágrimas costó á Laura este papel, y pensando que Lisardo no hiciera lo que á ella le pareció que no podia, descuidóse de remediarlo. Aguardó el desesperado mozo dos dias, al fin de los cuales salió de Sevilla con Antandro y Fabio, pasando en postas por la calle de Laura, que al ruido de la corneta y al rebato del alma, dejando la labor, se puso á una reja, donde estuvo sin color hasta que le perdió de vista.

Lisardo llegó á la corte con tan poco ánimo, que desde cualquier lugar que llegaban decia que se volviesen. Entretuvo los primeros dias en ver el Palacio, sus Consejos, sus pleiteantes, sus pretendientes, el Prado, eterna procesion de coches; el rio de juego de manos, que le ven y no le ven, y ya está en una parte y ya en otra; los caballeros, los señores, las damas, los trajes y la variedad de figuras que de todas las partes de España, donde no caben, en ella hallan albergue. Despues comenzó con más conocimiento á continuar visitas, que le pudieran haber divertido si duraran, por más que fuera la hermosura y discrecion de Laura; tales ganados crian los prados de la córte; pero cuando más desconfiado estaba, y creia que todo el amor de Laura habia sido engaño, le dieron una carta suya, que decia así:

«De suerte, señor mio, que en este interés se fundaba vuestro amor, y que me »queríades tan mal, que sabiendo que vuestra ausencia me habia de matar os fuistes, y cuando ménos á la córte; acertado »remedio, como quien sabia que estaba en »ella el rio del olvido, donde dicen que se »quedan tantos, que no vuelven á sus patrias eternamente. No os quiero decir las »lágrimas que me costais y de la manera »que me teneis, pues los que me ven no me »conocen, aunque solos son los de mi casa, »de donde no he salido. Yo me voy acabando; si alguna de las muchas ocasiones »de ese mar de hermosuras, galas y entendimientos no os tiene asido por el alma, »que ya sé que sois tierno, venid ántes que »me costeis la vida; que ya estoy determinada á vuestra voluntad, sin reparar en »padres, en dueño, en honra, que todo es »poco para perder por vos.»

Realmente, señora Marcia, que cuando llego á esta carta y resolucion de Laura, me falta aliento para proseguir lo que queda. ¡Oh imprudente mujer! ¡Oh mujer! Pero paréceme que me podrian decir lo que el ahorcado dijo en la escalera al que le ayudaba á morir, y sudaba mucho: «Pues, padre, no sudo yo, ¿y suda vuesa paternidad?» Si á Laura no se le da nada del deshonor y peligro, ¿para qué se fatiga el que solo tiene obligacion de contar lo que pasó? que aunque parece novela, debe de ser historia.

Poco ménos que loco partió Lisardo de Madrid el mismo dia, comprando á sus criados bizarros vestidos de aquella calle milagrosa donde sin tomar medida visten á tantos, y para Laura dos joyas de á mil escudos, porque aunque sea la mujer más rica del mundo, agradece lo que le dan, y más despues de ausencia. Las locuras del camino es imposible referirlas, siendo iguales á las dichas, y ellas á los deseos. Llegó á Sevilla, ¡caso extraño! que al siguiente dia con una larga visita cumplió Laura su palabra. No hizo fin el amor, como suele en muchos, ántes bien se fué aumentando con el trato, y el trato llegó á más libertad de lo que fuera para conservarse justo; que aquello mismo que á los amantes les parece dicha, las más veces resulta en su perdicion, y cuando ménos en dividirse. Habia muerto en estos medios Rosela, tia de Lisardo, viuda, y fuéle fuerza traer á su casa á Leonarda, sobrina suya, moza de trece á catorce años, de linda cara y talle. A pocos dias que estuvo en ella se enamoró Antandro tan desatinadamente desta doncella, que vinieron á ser públicos sus atrevimientos á las demás criadas de Lisardo, y entre ellos hubo quien le dió aviso de lo que pasaba, con temor de alguna desgracia de las que suelen suceder en la primera ignorancia de las mujeres. ¡Por qué extraños modos camina la fortuna adversa á sus desdichas! Sintió tanto Lisardo este atrevimiento de Antandro, que habiéndole reñido, y él respondido á su justo enojo con injusto atrevimiento, asió una alabarda que á la cabecera de la cama tenia, y volviendo el asta, le dió de palos, haciéndole una herida en la cabeza, que le duró un mes de cama y otro de convalescencia. Hiciéronse las paces, que nunca se hicieran, y volvió Lisardo á fiar su secreto con nécia confianza de Antandro, que habiéndole dejado un dia escondido en casa de Laura, como otras veces solia estarlo, llamó á Marcelo, y en el pórtico de una iglesia le dijo, que Lisardo le quitaba la honra, refiriéndole muy de espacio lo que tan bien sabia desde el infeliz principio destos amores; y que para que creyese que no le engañaba por algun interés ó venganza de algun enemigo suyo, fuése á su casa, que le hallaria escondido en ella, y en un aposento junto al jardin, donde se guardaban las esteras del invierno y algunos instrumentos de cultivarle. Marcelo en grande rato no pudo responderle, y habiendo prevenido la prudencia de que era dotado para ocasion tan fuerte, le dijo: «Venid conmigo, que quiero que seais el primero, como en el decírmelo, en ver que lo he vengado.» Fuese Antandro con Marcelo, y dejóle en el portal de su casa, entrando como dueño della solo al aposento referido, donde detrás de una estera halló á Lisardo, á quien dijo estas palabras: «Mozo desatinado: aunque mereceis la muerte, no os la doy, porque no

quiero creer que Laura me haya ofendido, sino que vuestros atrevimientos locos os han puesto aquí.» Lisardo, todo turbado, ayudó estas palabras con grandes seguridades y juramentos. Todos fingió Marcelo que los creia, y llevándole al jardin, abrió una puerta falsa que estaba entre unas hiedras, y le puso en la calle, que apénas via el turbado mozo, desde la cual se fué á su casa, combatido de tantos pensamientos y determinando tantas cosas sin resolver ninguna, que de cansado se dejó caer en la cama, deseando la muerte. Salió Marcelo luégo que despachó á Lisardo, y dijo á Antandro: «Vos alguna afrenta habeis recibido deste caballero, porque él no está donde decís ni en toda mi casa, y advertid que no os castigo como mereceis porque os considero tal, que la justicia pública lo hará por mí. ¿Quién os dijo que ese hombre entraba á ofenderme?» «Señor, respondió Antandro turbado, una esclava vuestra que se llama Fenisa.» «Pues id con Dios á vuestros negocios, que no sabeis la casa que disfamais ni la mujer que yo tengo, tan indigna destos bajos pensamientos.» Con esto se despidió Antandro turbado, y no osó volver en duda en casa de Lisardo, antes bien procuró esconderse por algunos dias. Marcelo, que de la virtud de Laura tenia diferente informacion en su pensamiento, dudoso entre la confianza y el dolor, y afligido entre la opinion y la verdad, se tuvo valientemente con el desengaño hasta llegar ocasion para satisfacerse; á nádie que tenga honor se le ofrezca tan duro campo de batalla. «¡Oh traidora Laura! decia. ¿Es posible que en tanta hermosura y perfeccion cupo tan deshonesto vicio, que tus compuestas palabras y honesto rostro cubrian un alma de tan infame correspondencia? ¿Tú, Laura, traidora al cielo, á tus padres, á mí y á tus obligaciones? Mas ¿qué lo dudo, habiendo visto con mis ojos y tocado con mis manos el fiero cómplice de tu delito? ¿Cómo puedo yo dudar que áun este sagrado no dejó tu mala fortuna á mi confianza, ni la fiera condicion de mi desdicha á las obligaciones de la honra con que nací? Yo lo he visto, Laura; no puedo dudar lo que ví, ni hay por donde pueda mi amor escapar mi agravio, aunque con las injurias agenas le aborrece el rostro. ¡Triste de mí! que más haré en solicitar tu muerte que tú en perder la vida, porque la he de quitar á lo que más estimo en tanto grado, que padezco más en sola esta imaginacion que tú en el dolor, con ser de todos el último.» Así hablaba Marcelo entre sí mismo, forzando el rostro á la fingida alegría en la inmensa causa de su tristeza. Dió en regalar á Laura, como quien se despedia de la víctima para el sacrificio de su honra; y para justificarle, en estando ella fuera, con llaves contrahechas hizo visita general de sus escritorios. Halló un retrato de Lisardo, algunos papeles, cintas, niñerías que amor

llama favores, y las dos joyas. Los amantes que esto guardan donde hay peligro, ¿qué esperan, señora Marcia? Pues en llegando á papeles, ¡cuánto mal habeis hecho! ¿Quién no tiembla de escribir una carta? ¿Quién no la lee muchas veces ántes de poner la firma? Dos cosas hacen los hombres de gran peligro, sin considerarlas: escribir una carta y llevar á su casa un amigo, que destas dos han surtido á la vida y á la honra desdichados efectos. Ya sabia Laura todo el suceso, y como tan alegre á Marcelo, parecíale algunas veces que era de aquellos hombres que con benigna paciencia toleran los defectos de las mujeres; y otras, que tener tanta era para aguardar ocasion en que cogerlos juntos, de que á su parecer de entrambos supieron guardarse; aunque Marcelo no queria juzgar de los agravios por venir, que tenia ya dada la sentencia en los pasados. Con estos pensamientos procuró muchas veces poner ódio entre aquel esclavo y Laura, diciéndole á ella que deseaba deshacerse dél, porque le habian dicho que la aborrecia, y que mil veces habia estado determinado de matarle, porque no habia de tener él en su casa quien no la adorase y sirviese. Laura, en esta parte inocente, dió en tratar mal á Zulemo de obra y de palabra, haciéndole castigar en público, de que Marcelo se holgaba notablemente; y esto llegó á extremo, que ya la casa toda, y áun los vecinos sabian que no habia cosa

que tanto aborreciese el esclavo como su ama. Laura se daba á entender que debia de ser el dueño de la traicion de Antandro, y con esto deseaba su muerte y la solicitaba por puntos, sin osar pedir á Marcelo que le vendiese, porque fuera de casa no la deshonrase. Cuando ya le pareció á Marcelo que este aborrecimiento era bastantemente público, llamó á Zulemo, y encerrándose con él en un aposento secreto, después de largos prólogos, le incitó á matar á Laura, y le dió en una bolsa trescientos escudos. Zulemo, al fin bárbaro, airado contra su ama y favorecido de Marcelo, que asimismo le ofrecia un caballo para que se huyese hasta la costa, donde esperase las galeotas de Argel, que lo corrian de ordinario desde los Alfaques á Cartagena, en llegando la ocasion, entró con rostro feroz y ánimo determinado, y llegando al estrado de Laura, la dió tres puñaladas, de que cayó sobre las almohadas con tristes voces. A las que daban las criadas entró Marcelo, que cuidadoso esperaba el suceso, y con la misma daga que le quitó de las manos le dió tantas, ayudado asimismo de Fabio y de los demás criados, que, sin que pudiese decir quién le habia mandado matar á Laura, rindió el feroz espíritu. Acudieron á este miserable caso los vecinos, los deudos, la justicia y sus padres, y entre las lágrimas de todos eran las de Marcelo más lastimosas, y por ventura más verdaderas. El

esclavo fué entregado á los muchachos, brazo poderoso é inexorable en tales ocasiones, que llevándole al campo, después de arrastrado por muchas calles, le cubrieron de piedras. «¡Ay, decia el desdichado viejo padre de Laura, teniéndola en los brazos, hija mia, y solo consuelo de mi vejez! ¿Quién pensara que os esperaba tan triste fin, y que vuestra hermosura se viera manchada de vuestra misma sangre por las manos de un bárbaro perro de la tierra más infeliz del mundo? ¡Oh, muerte! ¿Para qué reservaste mi vida en tanta edad, ó por qué quieres matar tan débil sujeto con veneno tan poderoso? ¡Ay, quién no hubiera vivido, para no morir con el cuchillo de su misma sangre!» Lisardo, que tuvo presto las nuevas desta desventura, desatinado, vino en casa de Laura, y mezclado entre la confusion de la gente, vió tendida su hermosura en aquel estrado, como suele á la tarde, vencida del ardor del sol, la fresca rosa. Allí todos tenian licencia para lágrimas; las suyas eran de suerte, que conocia bien Marcelo en qué parte le dolia aquel sangriento accidente de su fortuna. Despejóse la casa, y retirado Lisardo á la suya, no salió en cuatro meses della, ni le vieron hablar con nádie fuera de su familia; todo era suspiros, todo era lágrimas, de las cuales parecia que vivia más que del comun sustento. Entre tanto Marcelo despachó con un veneno á Fenisa, sin que de ninguna persona fuese entendida la

causa de su violenta muerte; y tuvo tanta solicitud en buscar á Antandro, que habiendo sabido dónde posaba, le aguardó una noche, y llamando á su puerta, le metió por las espaldas dos balas de una pistola. Sólo faltaba de su castigo al cumplimiento de su venganza el mísero Lisardo, cuya tristeza le tenia tan recogido que era imposible satisfacerla. Bien pudiera contentarse la honra deste caballero con tres vidas, y si era mancha por las leyes del mundo, ¿qué más bien lavada que con tanta sangre? Pues, señora Marcia, aunque las leyes por el justo dolor permiten esta licencia á los maridos, no es ejemplo que nádie debe imitar, aunque aquí se escriba para que lo sea á las mujeres que con desordenado apetito aventuran la vida y la honra á tan breve deleite, en grave ofensa de Dios, de sus padres, de sus esposos y de su fama. Y he sido de parecer siempre que no se lava bien la mancha de la honra del agraviado con la sangre del que le ofendió, porque lo que fué no puede dejar de ser, y es desatino creer que se quita, porque se mata al ofensor, la ofensa del ofendido; lo que hay en esto es, que el agraviado se queda con su agravio y el otro muerto, satisfaciendo los deseos de la venganza, pero no las calidades de la honra, que para ser perfecta no ha de ser ofendida. ¿Quién duda que está ya la objecion á este argumento dando voces? Pues aunque tácita, respondo que no se ha de sufrir ni castigar; pues ¿qué medio se ha de tener? El que un hom-

bre tiene cuando le ha sucedido otro cualquiera género de desdicha: perder la patria, vivir fuera della donde no le conozcan, y ofrecer á Dios aquella pena, acordándose que le pudiera haber sucedido lo mismo si en alguno de los agravios que ha hecho á otros le hubieran castigado; que querer que los que agravió le sufran á él, y él no sufrir á nádie, no está puesto en razon; digo sufrir, dejar de matar violentamente, pues por solo quitarle á él la honra, que es una vanidad del mundo, quiere él quitarlos á Dios si se les pierde el alma. Finalmente, pasaron dos años deste suceso, al cabo de los cuales Lisardo consolado, que el tiempo puede mucho, salia en los calores de un ardiente verano á bañarse al rio. Súpolo Marcelo, que siempre le seguia, y desnudándose una noche, fué nadando hácia donde él estaba, y le asió tan fuertemente, que con la turbacion y el agua perdió el sentido y quedó ahogado, donde con gran dolor de toda la ciudad le descubrió la mañana en las riberas del rio. Esta fué la más prudente venganza, si alguna puede tener este nombre, no escrita, como he dicho, para ejemplo de los agraviados, sinó para escarmiento de los que agravian, y porque se vea cuán verdadero salió el adagio de que los ofendidos escriben en mármol, y en agua los que ofenden; pues Marcelo tenia en el corazon la ofensa, mármol en dureza, dos años largos, y Lisardo tan escrita en el agua, que murió en ella.

GUZMAN EL BRAVO.

Si vuestra merced desea que yo sea su novelador, ya que no puedo ser su festejante, será necesario, y áun preciso, que me favorezca y que me aliente el agradecimiento. Ciceron hace una distincion de la liberalidad en graciosa y premiada; benigna la llama, siendo graciosa, y si ha tenido premio, conducida. No querria caer en este defecto; pero como yo no tengo de hacer cohecho, así no querria perder derecho; que no es razon que vuestra merced me pague como Enéas á Dido, remitiéndome á los dioses, cuando dijo:

«Si el cielo á los piadosos galardona,
Si en ellos hay justicia, si conocen
Los ánimos, te den condigno premio.»

Fué opinion del filósofo que naturalmente se deseaba el premio, y dijo el romano satírico:

«Nádie, si el premio le quitas,
Abrazará la virtud.»

Y aunque la gracia siga al que la dá, y no al que la recibe, creo que habemos de